

75. San Luis no habia llegado á la edad de los veintiun años que se requerian , hasta el reinado de Felipe el Atrevido , para la mayoria de los Reyes de Francia , cuando sometió con espada en mano á los vasallos poderosos que se aunaron de nuevo en su contra , y habian atraído á su partido á Enrique III, Rey de Inglaterra. Aumentáronse cada dia con los años la autoridad y el poder de Luis. Vióse reducido á venir con la soga al cuello á postrarse á los pies del Rey , y á pedirle perdon de su infamia el mas resuelto de estos perturbadores Pedro Mauclerc , duque de Bretaña. Perdonóle la vida , porque era Principe de la sangre , esto es , de la rama de los Dreux ; y le dejaron la Bretaña , solo mientras su vida y la de su hijo , debiendo luego volver á la corona. Fue humillado en varias reconquistas el mismo Rey de Inglaterra , reducido á pedir la paz y á ceder por último á los franceses una buena parte de las provincias que poseía su pais. Su aliado el conde de la Marca perdió la ciudad de Saintes , y una parte de la de Santogne.

76. No hizo el Rey brillar menos en todas estas adquisiciones su clemencia y generosidad , que la sabiduría de su política y la firmeza de su valor. El amor á sus obligaciones y á la sana piedad que regulaban todos sus pasos , le hicieron tomar invariablemente el justo medio entre los extremos viciosos , sin dejarse nunca sorprender por las apariencias de la virtud. Así aconteció , que el afecto y veneracion profunda que tenia á la Cabeza de la Iglesia no le es-

terbaron sostener con eficacia la independencia augusta del cetro francés. Habiendo ordenado el Rey el secuestro de las temporalidades contra los obispos que perturbaban á los jueces seculares en el egercicio de sus funciones , quiso el Papa Gregorio IX inmiscuirse en esta materia absolutamente temporal ; Luis no lo permitió : mantúvose firme , á pesar de las quejas del Pontífice , y la ordenanza se egecutó. Con igual firmeza y discernimiento retuvo el dinero que Gregorio mandaba sacar de Francia para sostener con la fuerza el rigor de sus procedimientos contra Federico.

77. Rompió nuevamente con el Sumo Pontífice este Emperador , despues de tantas reconciliaciones fingidas ó sinceras. Enrique , hijo natural de este Principe , habiendo casado con Adelaida , Princesa de Cerdeña , fue declarado por el Emperador Rey de esta isla. Tuvo el Papa Gregorio esta empresa por una usurpacion de los derechos de la santa Sede , no solo porque la Cerdeña le pertenecia , segun la antigua pretension de los Papas sobre todas las islas del mar , y en virtud especial de la donacion tanto de Luis el Hermoso como de los otros Emperadores , sino tambien con especialidad porque el padre de Adelaida habia tenido su principado en feudo de la iglesia romana. Sostenia el Emperador por el contrario , que la Cerdeña habia sido substraída á la obediencia de los Emperadores , mientras estos estaban ocupados en los negocios mas precisos , y que estaba obligado por el juramento que hizo en su eleccion , á recuperar cuanto habia sido desmembrado del imperio.

Hizo renacer la resistencia de Federico todos los agravios antiguos de los Papas contra él. Gregorio IX, que quiso arreglar definitivamente el negocio, espidió muchas moniciones en forma, y despues publicó solemnemente en Roma una escomunión contra el Emperador, que estaba concebida en estos términos: „Por la autoridad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y por la nuestra, escomulgamos y anatematizamos á Federico, que se llama Emperador, y declaramos absueltos del juramento á todos aquellos que le hayan jurado fidelidad, prohibiéndoles estrechamente observar sus antiguos juramentos mientras permanezca escomulgado.” Declarábase muy por estenso en la sentencia todos los motivos de queja que tenia, ó pretendia tener el Pontífice, á fin de dar fundamento á su rigor. Fueron repetidos y divulgados en todas las iglesias y en todas las cortes por medio de una carta circular que el Papa hizo dirigir á sus legados, á los ordinarios locales, á los Reyes, á los duques, á los condes y á los principales señores. No permaneció en silencio el Emperador por su parte: mandó espedir manifiestos á todas las cortes, en los cuales no solo hacia su apología, sino que alegaba acusaciones contra Gregorio, el cual hizo una réplica aun mas viva que la primera denunciación. Prosiguió Federico volviendo amenazas por amenazas, injurias por injurias, y citando repetidas veces para este objeto los libros santos, á imitación de sus adversarios, y acumulando alusiones y figuras segun el uso de aquel tiempo.

Despues de tantos manifiestos escandalosos diseminados por todos los estados cristianos, vino el Emperador á las obras, y mandó publicar un acto de rompimiento abierto en su reino de Sicilia, como el mas vecino de Roma, y por consiguiente el mas temible para el Papa (1). Mandó espulsar á todos los religiosos originarios de otros países de Italia, exigir de todo el clero secular y regular subsidios que pudiesen al Príncipe en estado de vengarse con las armas en la mano, confiscar los bienes de todos los sicilianos que permaneciesen en Roma, impedirles ir y venir á esta ciudad en lo sucesivo sin orden de la corte imperial, y aun llevar cartas del Papa contrarias á las miras del Emperador.

Hizo tambien el Pontífice sus actos de hostilidad á su manera, y se esforzó en sublevar todos los Príncipes cristianos contra Federico (2). Escribió al Rey San Luis, y llegó hasta decirle que adquiriria mas mérito combatiendo contra el Emperador, que sacando la tierra santa del poder de los infieles, pintándole á este Príncipe como un enemigo declarado de la fe y como un impío detestable. Para asegurar mas el buen suceso de esta negociacion, añadió los motivos de interés (3). „Sabed, dice, que por madura deliberacion con todos nuestros hermanos los cardenales, hemos condenado y depuesto de la dignidad imperial á Federico, cuyo título toma, y que hemos elegido para ponerle en su lugar al conde Roberto

(1) *Ric. S. German.* pag. 1031. (2) *Id.* pag. 1033. (3) *Matt. Par.* 1239. pag. 464.

vuestro hermano, á quien Roma y toda la Iglesia quieren dar todo género de socorros, tanto para establecerse en esta dignidad, como para mantenerse en ella." ¿Quién no recibiría con entrambas manos tan lisongera oferta?

Pero mal conocían, no solo el desinterés, sino la rectitud de espíritu y esquisita penetración del santo Rey. Contestó al legado que le entregó las cartas del Papa: „¿cómo el Papa se ha atrevido á deponer á un Príncipe tan grande, y se ha dejado arrebatarse á una empresa que excede su potestad? No por cierto, no haremos la guerra á Federico que siempre ha sido buen aliado, siempre fiel á su palabra, y con el cual no tenemos motivo legítimo de rompimiento. Sería el colmo de la iniquidad y de la imprudencia el satisfacer los deseos de los romanos declarándonos contra un Príncipe que reina sobre tantas naciones: pero aun tememos mas los riesgos á que nos espondríamos faltando á un Soberano que sostendrá la justicia de su causa." Algunos señores franceses añadieron: „no es la ambición la que mueve al Rey nuestro Soberano; ¿y qué nuevos grados de elevación pueden ilustrar su sangre? El que no debe su corona mas que á su nacimiento, es superior á todo Príncipe electivo. Bástale al conde Roberto ser hermano de tan gran Monarca."

No halló la resolución del Papa mejor acogida en Alemania (1). Pidiéronle los prelados que no los obligase á publicar las censuras contra el Emperador, y

(1) *Alb. Stad.* 1239.

que hiciese mas bien la paz con este Príncipe á fin de poner término al escándalo escitado en la Iglesia. En la misma Italia, Bertoldo, patriarca de Aquileya, tuvo tan poca consideración á estas censuras, que comunicó con Federico aun en los ejercicios públicos de la religion. Igualmente se negaron á romper con este Emperador los caballeros teutónicos; y el Papa para coactarlos á ello, los amenazó inútilmente en que revocaría sus privilegios. Tampoco sacó mas ventaja de los Príncipes de Alemania de quienes solicitó la elección de otro Emperador, pues firmemente le respondieron, que no tenía derecho para deponer del imperio, sino para coronar al que los Príncipes hubiesen elegido.

Empleábase entretanto el Rey de Francia en objetos mas dignos de su piedad. Balduino II, Emperador de Constantinopla, había llegado á Francia pidiendo auxilios contra los griegos que tomaban tambien el título de Emperadores. Allí supo la muerte de Juan de Briena, acontecida en 23 de Marzo del año 1237. La pérdida de este Príncipe, que con el título y la autoridad de Emperador le continuaba al imperio los buenos oficios que le había hecho durante la infancia de Balduino, puso en eminente riesgo el poder de los latinos en Grecia. Vióse el joven Emperador en la precisión de partir al punto con cuantos cruzados pudo reunir; pero le faltaba el dinero necesario, si no para el viage, á lo menos para trabajar con buen éxito en el restablecimiento de las cosas de su imperio así como arribase á él. Ya había

experimentado la generosidad magnífica del Rey, y bien fuese por un sentimiento de gratitud ó por sacar nuevas sumas de un Príncipe que nunca se dejaba vencer en liberalidad, le ofreció la corona de espinas que el Salvador había llevado en la cruz, la que se conservaba de tiempo inmemorial en la capilla de los Emperadores de oriente. „Nos veremos infaliblemente reducidos, le dijo, á ver pasar este monumento inestimable á manos extranjeras. Permitid, pues, que le remita á vos que sois mi padre, mi señor y mi insigne bienhechor; y que la Francia mi querida patria sea la depositaria.” Admitió el santo Rey la oferta con una alegría proporcionada á la viveza de su fe, y no perdió un punto para asegurarse su posesion.

78. Mas lo que Balduino recelaba, se había ya realizado. Estrechados los barones del imperio por la necesidad, empeñaron la santa corona á los venecianos por una gran suma de dinero á condicion de que no devolviéndole en el término convenido, la santa reliquia permanecería en Venecia. Remitió San Luis sin dilacion esta cantidad á Italia, y mandó traer á Francia aquella prenda sagrada, tesoro de mucho mayor estima á sus ojos que todas las riquezas terrenas. Al propio tiempo tomó todas las medidas de la prudencia mas circunspecta para la autenticidad y el transporte de la reliquia. Al saber que había ya entrado en el reino, salió á recibirla hasta el pueblo de Villanueva del Rey entre Troyes y Sens, en compañía de la Reina su madre, de los Príncipes sus

hermanos y de una multitud de señores y de obispos. Reconocieron los sellos tanto de los señores latinos de Constantinopla como de los venecianos, puestos en la caja de plata, dentro de la cual estaba un vaso de oro que contenía la santa corona.

Dificil es esplicar la sensacion del Monarca y de los distinguidos personajes que le acompañaban cuando la descubrieron. Todos derramaron lágrimas, y exhalaron tiernos suspiros, qual si mirasen al mismo Jesucristo coronado de espinas. Al siguiente dia 11 de Agosto, dia en que se celebra todavía el aniversario de tan memorable ceremonia, llevaron la reliquia á Sens; y el piadoso Monarca no quiso repartir esta gloriosa carga mas que con Roberto, conde de Artois el mayor de sus hermanos: ambos iban á pie descalzo y con túnicas blancas. Toda la nobleza les seguía de igual manera, y la multitud que era inmensa, á pesar de la agitacion inevitable en esta clase de concursos, no respiraba sino piedad y compuncion.

Así que el Rey hubo depositado la corona en la iglesia metropolitana, partió sin demora á París. Recibió ocho dias despues la reliquia con religiosas demostraciones, enteramente nuevas, en las cuales toda la corte y la capital quisieron tomar parte. Habia dispuesto un gran tablado cerca de la abadía de San Antonio, desde donde muchos prelados revestidos de pontifical mostraron la caja al pueblo, quien prorumpió en sollozos y gemidos. Lleváronla luego el Rey y el Príncipe su hermano descalzos y en túni-

ca sobre sus hombros hasta la iglesia catedral, y de allí al oratorio del palacio que tenia el nombre de San Nicolás, y ocupaba el lugar en que se edificó poco despues la santa capilla.

79. El Rey recibió por el propio tiempo otras muchas insignes reliquias, tales como el hierro de la lanza que penetró el costado del Salvador, un pedazo de la esponja que le presentaron empapada con hiel y vinagre, y una parte considerable de la verdadera cruz, la misma, segun dicen, que la Emperatriz Santa Elena habia hecho trasladar de Jerusalem á Constantinopla. Determinó erigir dentro del recinto de su propio palacio un santuario, cuya riqueza y gusto fueran igualmente dignos en lo posible de estos preciosos monumentos. Mandó construir luego la santa capilla que se ve en el dia, muy superior á la idea que comunmente se tiene del gusto y habilidad de los artífices de aquel siglo. Costó al Monarca este edificio cuarenta mil libras de su tiempo, que equivalen á ochocientas mil de la moneda del dia. Además estableció en él un cabildo, el cual por sus liberalidades y las de sus sucesores, vino á ser uno de los mas espléndidos del reino.

80. En el mismo tiempo la bienaventurada Inés de Bohemia, hija del Rey Primislao, era la edificación de todas las regiones del norte (1). Sucesivamente fue destinada para esposa de tres Soberanos, y prometida á uno de ellos; pero no pudiendo unir su

(1) *Boll. 6. Mart.*

corazon mas que á su divino esposo, se puso bajo la proteccion de la Reina de las vírgenes, á fin de poder cumplir el propósito que habia formado de permanecer para siempre su semejante. Dispuso el cielo las cosas segun sus deseos, y se rompieron sus lazos por sí mismos. El Emperador Federico, que era el tercero de los pretendientes despues de haber muerto Yolanda, hija del Rey de Jerusalem, fue el único que la causó algunas dificultades. Habian llegado ya á la corte de Bohemia los embajadores de este Príncipe, y hacian los preparativos para conducir á la Princesa con una magnificencia digna de su Soberano. Envió ella en secreto al Papa Gregorio, y le hizo requerir para que la eximiese de un yugo que la imponian contra su voluntad. Murió poco despues del contrato el Rey Primislao que habia concertado las bodas, y su hijo Wenceslao IV le sucedió en el trono. Habiendo Inés recibido del Papa una bula segun sus votos, se presentó al Rey su hermano, y le pidió que apoyase una resolucion autorizada por el Sumo Pontífice. Participó el nuevo Rey á los embajadores, los cuales partieron á instruir al Emperador. Manifestóse Federico desde luego muy irritado; pero despues de algunas reflexiones mudó de sentir, ó por lo menos lo dió á entender así en sus espresiones. „Si ella, dijo, me hubiese dejado por algun otro mortal, habria tomado terrible venganza; pero no puedo llevar á mal que prefiera á mi persona un esposo divino.”

Hasta entonces habia vivido Inés en la corte co-